

Yo veía por otra parte la extraña solicitud de un francés para la redacción de nuestra gazeta de la Corte, ofreciendo una indemnización anual á la real imprenta. Parecía una especulación mercantil de unos particulares; y no era sino un plan muy políticamente meditado del Gobierno francés, simulado baxo el concepto de una tentativa de interés privado. Pero por la solicitud del embaxador Beauharnois, y sus oficios á favor de los agentes de esta empresa, y de la libre introducción en estos reynos de un nuevo periódico, intitulado *La Abeja Española* que se publicaba en París; acabó de descubrir los verdaderos fines del hipócrita embaxador, el mas fiel executor, ó cooperador, de las pérfidas y malignas ideas de su augusto amo y conuñado el Emperador, desde el día que entró como un pillo indecente en Madrid, hasta aquel en que, después de haber acabado de aderezar con gran pompa y aparato oriental su casa nueva, se desapareció como un facineroso que acaba de cometer un gran delito: en efecto, había concluido ya su última comisión.

No eran todos estos actos preludios de que se nos acercaba la hora, en que ni la facultad de hablar, ni la libertad de escribir nos quedaria, y que solo nos dexarian la de pensar para mayor pena? Así se verificó luego que entró el precursor Murat en Madrid. De allí á breves días se apoderó del privilegio de nuestra gazeta, y del diario, encomendándola á manos de unos hambrientos satélites suyos, medio militares, medio literatos, que debían embolsarse el producto, repartiéndola una gratificación señalada entre algunos españoles renegados, que les ayudaban á tan patriótica obra, los unos ocultamente, y los otros á cara descubierta. Ya desaparecieron todos, echándose ellos mismos, con su fuga de la Corte al ejército francés, la sentencia y el castigo de su delito. Es lástima que no se fuesen en su compañía algunos centenares mas. También huyó el autor de *la Abeja*: mala avispa, le arreó otra vez á París. Este había vuelto á su patria baxo del escudo, escarapela, y salvaguardia de los enemigos de

ella, y era otro de los emisarios que nos venían á predicar la dicha que nos esperaba y no conocíamos, y el vuelo que tomaría el genio español protegido del genio tutelar de la Francia.

La funesta suerte que veía yo caer sobre las demás naciones desde el año de 805, me anticipaba el temor sobre la que amenazaba á la España. Hasta los semblantes de los mercachifles franceses, que paseaban estas calles, y entraban en nuestros cafés, pregonaban en su alegría la esperanza de alguna gran fortuna; y ciertas palabras enfáticas que soltaban, entre lástimas y admiración, un año, y aún dos antes de entrar las tropas francesas, bien me anunciaban que estábamos destinados para herencia de ellos.

A suspicacia, cautela, y malicia no me ha ganado el cojo, ex-obispo, y mal casado Condé de Benavento, en el siglo Talleyrand, ese ojo derecho de Napoleon; ni me han embaucado con sus misteriosas artes esos astutos oráculos de la diplomacia francesa, esos consultores íntimos de los pérfidos designios del Zorro imperial. Este se digna oírles, y consultarlos de grado, ó por necesidad; pero á mí, recogido en mi estudio, y disimulando lo que allí estudiaba, ¿quién podía oírme? ¿quién preguntarme, en el reinado del intruso gobernador universal de esta monarquía? Nadie desplegaba los labios á su presencia, ni aquellos que debían asistir de oficio á su despacho, y que podían aconsejarle lo que convenia al honor y conservación de la corona: Todos los demás no tenían otro derecho que el de respirar, con mucha templanza, el ayre de las piezas de sus antecámaras, ó de sus caballerizas, ni otra obligación que la de aplaudir con humilde y reverencial risa las badajadas de S. E. y las insolencias de S. A., á las cuales calificaban de proverbios de Salomon los mas sabios de aquellas sabandijas á quienes tenia concedido el privilegio de verle en paños menores, ó cuya adulación tenía comprada con empleos, ó con esperanzas, que es lo único que ha quedado á muchos.

Sin embargo, quando ya no pude dudar de que nuestro fatal destino se nos acercaba, y de que la torpeza é impericia de este Privado ignorante y veleidoso iba acelerando nuestra ruina; tube la libertad patriótica de dirigirle los dos papeles que aquí se insertarán, para con tenerle en la manía de escribir proclamas, en las que queria mostrar á la presente generacion, y á las futuras, hasta donde rayaba su eloqüencia popular. Muestra de ellas entre otras anteriores, fué la proclama, la mas ridicula, insensata, y antipolítica, que en el mes de Octubre de 1806 dirigió en su nombre á la nacion para inflammarla y llamarla al campo de Marte, sin decirle quien era el enemigo verdadero, ó fingido. Sepan Vms., amigos lectores míos, que el enemigo real era Napoleon, y que íbamos á entrar en la última coalicion del Norte. Pero con la noticia de la batalla de Jena tubo que arrepentirse: con esto descubrió sus intentos, y quedó mal con todos. Para expiar las intenciones de aquella tan imprudente é intempestiva proclama, tubo que consentir al cruel sacrificio de los 20⁰ hombres nuestros que envió al Norte al servicio de Napoleón, como en rehenes de nuestra lealtad futura: este fué el principio de la mortal sangria de nuestras fuerzas militares, para quitarnos el poder de resistirle en qualquiera invasion. Por esto desde Varsovia instaba con tanta actividad, y aun con amenazas, la pronta salida de estas tropas.

Ya tenia yo previsto, y dicho muchas veces entre mis amigos: este Godoy, segun indica el curso de su conducta, aspira á Regencia, ó á Corona, y cuenta con las espaldas de Napoleon, despues que éste le ha dado el mal exemplo para tan altos deseos. El Corzo, añadia yo, le sostiene en su ambicioso plan: y despues de haberle dexado precipitarse en un abismo de atentados, y aniquilar la potencia de su nacion; vendrá á echarle á puntillones, llamándose nuestro Libertador, que es el mas descarado y descansado modo de conquistar. Pregunto yo ahora, ¿si aquellos ciegos y fátuos españoles (y entre ellos

militares, letrados, y teólogos) que celebraban, ó referian con complacencia las victorias de Bonaparte en el Norte, conocian que cada una era una batalla campal contra la España? Sin duda no lo conocian; y ésta es brutal ignorancia que los debe tener confusos y arrependidos; ó lo conocian, y estos merecen que la patria los conozca ahora para entregarlos á la venganza pública. Desde entonces he mirado los sucesos con mi anteojo de larga vista: y he visto claro lo que otros no querian ver, ó no columbraban. Los franceses creerian que por que estábamos mudos, éramos sordos y ciegos.

En medio de estos temores y anuncios que cercaban mi corazon sobresaltado, padecia yo el dolor y rabia de ver anunciados en carteles y en periódicos nuestros: *Código Napoleon=Vida de Napoleon=Catecismo de Napoleon*; traducciones al castellano, y vendidas á la rebatiña. Horror y vergüenza de nuestra nacion! Veía, no queria ver, colgadas por estos tendajos y librerías de estampas, manchadas las puertas y las paredes con retratos de Napoleon iluminados, y sin iluminar, de todos tamaños; y veía allí, con un palmo de boca abierta, bausanes de montera, de peluca, y de corona, que se apelluzgaban á contemplar con curiosísima admiración, quando debiera ser con horror, la imágen del héroe, que luego nos enviaria 100⁰ bayonetas, y 20⁰ sables, para traernos la felicidad que no conocíamos, y que ya hemos empezado á gustar. Y todo esto ¿era otra cosa que irnos familiarizando con la vista de este tirano, cobrándole cierto amor con la misma admiración? ¿No era en algun modo llamarle con estas demostraciones, y aclamarle ya en corazones simples, ó corrompidos? Gravemente han ofendido á la patria los traductores, los censores, los impresores, libretos, gravadores, y compradores. Esa calle de las carretas, por haber sido el teatro principal de tales escándalos, debe hacerse una pyra, en donde ardan publicamente tan exécrables monumentos.

Volviendo ahora á la época de mis temores y agüeros, de que he hablado mas arriba, el primer papel

que dirigí entonces al Generalísimo Godoy, fué este =
 Excmo. Señor = Si V. E. contempla útil alguna vez mi
 zelo y mi persona en las actuales circunstancias; ofrezco
 resignadamente á su disposicion ambos auxilios de un
 buen español y fiel vasallo. Tengo patria, y la amo;
 no de boca, como acontece á muchísimos, sino de co-
 razón. Y si bien mis años no me permiten esgrimir la
 espada, no se me ha caído aun la pluma de la mano.
 Ofrezco al Rey y á la patria quanto debo, pues ofrez-
 co todo quanto puedo; y á V. E. siempre mi profun-
 da veneracion y obediencia. - Dios guarde la importan-
 te vida de V. E. muchos años. Madrid 8 de Noviem-
 bre de 1806. "

Me consta de que no le desagradó mi oferta y mi
 buen zelo. Este no sosegaba con esta pasiva aprobacion,
 que fué lo que pudo arrancar á su constante indolencia.
 A los quatro dias le dirigí otro papel que, ya que no
 le despertase del letargo, le instruyese de lo que podria
 hacer aun con nosotros antes de vernos sacrificados como
 los demás pueblos de Europa, y es del tenor siguiente =
 Excmo. Señor = No satisfecho mi amor á la patria con la
 corta oferta que tengo hecha á V. E. y seguro de que
 qualquiera pensamiento que arroje el espíritu que me
 anima, no puede desagradar á quien conoce mi buena
 intencion; me atrevo á exponer á la alta comprehension
 de V. E. algunas ideas, hijas de mis ardientes deseos
 de volver los españoles á sus antiguos afectos y carácter,
 que van perdiendo lastimosamente de algunos años á esta
 parte en mengua de aquella reputacion, que supieron
 sostener en paz y en guerra sus antepasados, para hacer
 respetable su nacion entre las extrañas y enemigas. -
 No es sola la fuerza física de los cuerpos, sino la fuer-
 za moral de los ánimos, la que constituye la fuerza de
 una nacion: no basta el poder de las armas, ni la des-
 treza en su manejo, para constituir la potencia de una
 monarquía, si faltan el espíritu, la confianza, y el brio
 en los que han de defenderla; y el zelo y buena vo-

luntad en los que han de contribuir con los medios de
 la defensa. - La opinion es la reyna de los hombres, y
 ésta la veo apagada, ó muy fria en mis compatriotas,
 quienes parece que han olvidado la nobleza de su origen,
 la grandeza de su tierra, y la gloria de sus antiguas
 hazañas, desde que han perdido sus costumbres, sus usos,
 sus modales, su trage, su idioma, y hasta sus preocu-
 paciones, que alguna vez son de grande auxilio para
 vencer á sus enemigos, ó á lo menos, para no ser ven-
 cidos de ellos. - Los hombres necesitan siempre de un
 ídolo, al qual sacrifiquen su reposo, sus bienes, y hasta
 su propia sangre. En otro tiempo la religion hacia
 obrar prodigios: el apellido de *Santiago* convocaba y
 alentaba los guerreros; el nombre de *Españoles!* inflama-
 ba por que envanecia; y el recuerdo de *Patria* infundia
 deseos de salvarla al noble, al plebeyo, al clérigo, y al
 frayle. Pero hoy, que con la inundacion de libros, es-
 tilos, y modas francesas se ha afeminado aquella seve-
 ridad española, llevando por otra senda sus costumbres,
 con un género de aversion al orden de vida de sus
 padres; hoy que ni se leen nuestras historias, ni nuestras
 comedias, ni nuestros romances y xácaras, tratándolo
 todo de barbarie é ignorancia; hoy que es moda, y bue-
 na crianza celebrar todo lo que viene del otro lado de
 los pirineos, y olvidar afectadamente todo lo que huele
 á nuestro suelo, hasta despreciar lo que la na-
 turaleza nos ha dispensado tan generosamente; hoy, digo,
 no queda otro recurso para hacernos respetables y fuertes,
 sino inspirar al pueblo confianza, y á las gentes del buen
 tomo vergüenza de su degradacion. - ¿Qué le importaria
 á un Rey tener vasallos si no rubiese nacion? A esta la
 forma, no el número de individuos, sino la unidad de
 las voluntades, de las leyes, de las costumbres, y del
 idioma, que las encierra, y mantiene de generacion en
 generacion. Con esta consideracion, en que pocos han
 reflexionado, he predicado tantas veces en todos mis es-

la tribulacion de mi inquieto ánimo combatido de tan funestos presagios, quando otros no veían mas tierra que la que pisaban, y no les quitaban el sueño los triunfos de Napoleón! ¡O bienaventuradas almas, que habeis dormido descansadamente hasta que la trompeta de Murát os llamó á juicio! Más yo tube la desgracia de padecer antes de sentir, y de sufrir la muerte antes de morir.

¡O incautos españoles! aun creo que no habeis temido todo lo que podríais temer de las iniquas ideas de Bonaparte, hecho dueño de España. Preveíais estos y los otros trastornos, contribuciones, conscripciones, abolicion de nuestras leyes, ruina de vuestra santa religion, pérdida de las Americas &c. &c. ¿Pero estabais seguros de que no habia de poner la España por el modelo de los demás países que domina mediata ó inmediatamente? Estabais seguros de que tomando en todo por pauta á su organizada Francia, no os dividiria en departamentos, distritos, prefecturas, &c. quitando el nombre y la existencia política á vuestras provincias, y acaso el nombre mismo de España, imponiéndola el de Ibéria, ó Hespéria, segun la manía pedantezca de sus transformaciones, para que así nuestros nietos no se acordasen de qué país fueron sus abuelos? ¿Y sabeis, si para mayor castigo y despecho suyo, nos tendria preparado otro género de dolor y afrenta? ¡Si nos volveria á Godoy con toda su pompa y fausto!

Alerta, españoles: no esperéis humanidad ni amistad de los franceses: desconfiad de sus palabras, y detestad sus obras. En otra ocasion habia dicho yo por hacerle favor: es menester leer sus libros, y quemar á sus autores, por que su corazon nunca ha estado acorde con sus labios. Es gente revoltosa por genio natural en su casa, y revolucionaria por política en las ajenas. No pueden sosegarse en ningun estado: travesuras y enredos es su oficio en todos tiempos. Bien lo declara y define un antiguo refran de ellos, que leí en una coleccion, y no se me ha olvidado: *Quand le français dort, le diable le berce*, quando el francés duerme el diablo le arrulla. ¿No es esto de-

cirnos que el diablo no quiere que dispierte, teniendo no le quite el oficio?

Con qué énfasis filantrópico pregonaban que con su entrada en Italia iban á abolir el vil comercio de los castrados destinados á la música, como la última degradacion de la especie humana: palabrotas de su pomposa filosofia. No querian que cantasen sopranos; y han hecho llorar despues á los soberanos de aquel desventurado país. La humanidad de Napoleón necesita de hombres enteros que le engendren esclavos para la guerra, que es el teatro de sus diversiones.

Alerta, españoles, repito. No creais en nada de lo que os anuncien los franceses, ni quando os alhaguen, ni quando os amenazen. Al mundo tienen perdido sus máximas y sus valadronadas. Al Emperador de Rusia le llamaban, quando le declararon la guerra, Príncipe inexperto, y cuitado, rodeado de botarates, y á su nacion le prodigaban los epítetos de bárbaros y feroces Scitas, que amenazan á los Estados de Europa. Se acabó la guerra, se hizo la alianza, y ya Alexandro es un jóven héroe, su corte centro de la política, su gobierno ilustrado, sus tropas valientes, y su nacion respetable. Como ellos escriben de todo con magisterio, dicen algunos de sus militares modernos, y lo propagan no sin misterio: que las plazas son inútiles, segun el sistema moderno de la guerra; pero al mismo tiempo ellos guardan bien las suyas, guarnecen y fortifican las que toman, ó mas bien, las que les regalan sus enemigos. Si no sirven, ¿por qué se apoderaron de todas las del Rhin, y fronteras de Holanda, para formar una barrera impenetrable que cerque los confines de la Francia? Si no sirven ¿por qué el primer artículo que exigió su iniquidad del traidor Godoy, fué la entrega de Pamplona, Figueras, y Barcelona? ¿Por qué las mantienen con tanto tesón? Bien saben esos embusteros que si estas fortalezas no estuviesen en su poder, no hubieran tenido atrevimiento de entrar en España, ni habria muchos meses hace un plumage francés en Cataluña ni Navarra. ¿Se mantendrian en

estas dos provincias sin estos puntos de apoyo, para sostenerse, y reponerse?

Ya habeis visto con desprecio y enojo la alevosía de las obras de Napoleon, y las venenosas frases de la amistad que nos profesaba, y de la prosperidad que nos anunciaban sus proposiciones, y las exhortaciones que nos dirigian los que le servian para la execucion de sus designios depravados.

Preguntad á la Francia desde que su invicto Emperador la gobierna. ¿qué prosperidad le ha adquirido? ¿qué tranquilidad y bien estar gozan las familias? ¿qué esplendor las artes? ¿qué progresos las ciencias? ¿qué aumentos la poblacion? ¿qué actividad las fábricas? ¿qué riqueza el comercio? ¿qué grandeza su navegacion? ¿qué frutos su doctrina moral y religiosa? ¿qué libertad los ingenios? Y os responderá, que todo está aniquilado; que aquel floreciente reyno se ha convertido en quartel de soldados, y que en sus antes hermosas ciudades no reyna sino el rigor de un despotismo civil y militar. Los restos de la poblacion que quedó despues de la primera guerra, lloran todavía la sangre de mas de un millon de víctimas: y los pimpollos que han nacido de las cenizas de la gran rala que hizo el hacha de la revolucion, crecieron, y van creciendo para ser arrancados, y trasplantados en el campo sangriento y horroroso de la muerte. Considerad, pues, españoles: ¿qué fortuna os esperaba, vosotros, que erais el objeto de la codicia y ambicion de esa fiera atroz, si de esta suerte ha puesto á los suyos, que él llama sus hijos, en cuyo bien se desvela, como él lo dice, ocho años hace, sacrificándoles á sus locos triunfos. En efecto; ellos son los que pelean, y él solo el que triunfa, y su haragana parentela la que goza.

Por otra parte ¿podreis dudar de la moderacion del supremo árbitro de vuestra suerte? Os dixo: no quiero reynar en vuestras provincias, os dexaré vuestra religion, y os conseryaré vuestra independencía, y la integridad de la monarquía. ¿Podía ser mas insolente un vencedor, concediendo á los rendidos estos por pactos capitulacion, ó por

elemencia? Segun esto, ¿él podia prohibirnos el exercicio de nuestra religion, entregarnos ó vendernos á otro tirano, como tiene de costumbre, ó hacer tajadas de la España?

Una de las causas que alegaba para venir á reformarnos, fué que nuestra monarquía era *vieja*, esto es, que no estaba á la moda francesa; ¡que insultante gracejo! Venia á reparar nuestro erario dilapidado y exhausto; y para aliviarle, nos enviaba la leve carga de 1200 hombres armados, sobre las flacas costillas de la pobre *vieja*. Veía como él dice, nuestros males, y queria remediarlos, despues de haberlos causado, y sido cómplice de las maldades del ladrón doméstico. — Quería dar á la España el esplendor, gloria, y poder que tubo en otro tiempo. ¿Qué sería de la Francia, y de su vano Emperador, si recobrásemos las antiguas fuerzas? Compadeciáse de nuestra debilidad, pues no podía ver esta decadencia de un vecino por mal gobierno. Embustero sin vergüenza: ésta do las fuerdisipacion, éste débil gobierno, es lo que á ti te ha dazas y la vilantez para venirnos á insultar. Escosa para reir: será la unica vez que se contará en la historia, que una Potencia se desvele por contribuir al aumento de fuerzas y prosperidad de la vecina; quando todos los gobiernos, para su propia conservacion, ó preponderancia, se aprovechan de la debilidad el uno del otro, ó la procuran, como lo ha hecho la Francia republicana, y despues la monarquía con nosotros.

No quiso quitar, dícenos, el gobierno á Godoy, á quien llama *hombre sin talento ni costumbres*, por no dar una pesadumbre á su amigo y aliado Carlos; y luego le da el mayor pesar con el mayor insulto y alevosía, arrancando á este amigo la corona y libertad, y á su primogénito y legítimo sucesor, el siempre amado FERNANDO VII; y al mismo tiempo patrocina, y ampara al malvado, á quien antes había calificado de inepto é inmortal.

Y como nuestras leyes son viejas, nos venia á dar otras nuevas: ésta es la última tiranía y humillacion que

pueden sufrir los pueblos vencidos del conquistador. Pues ¿quál será la soberbia y vanidad de Napoleón, que se hace nuestro legislador antes de conquistarnos? Dígalo la nueva *Constitución española*, que nos regaló su sabiduría y beneficencia: monumento escandaloso de nuestra futura esclavitud. Quería que besásemos, sin levantar los ojos, ni las cejas, un miserable follero de 34 hojas en dozavo: que en tan sucinto espacio estaba escrito el destino eterno de las Españas, como si se tratase de enviar un reglamento provisional para una nueva colonia de negros en un islote desierto; ó de imprimir el quadernito de las obligaciones de cabos y sargentos. En la corteidad del volumen esta el mayor desprecio, y en la brevedad estudiada de sus artículos la mayor injuria con la mayor malicia. Gran paciencia es la nuestra, si no es mayor la indolencia. De tantos letrados, literatos, estadistas, y otras personas doctas y patrióticas, ¿como hasta ahora no ha salido alguna pluma, que desmenuze, deshaga, y pulverize este código de engaños, de insidias, y disvarios? No está lo peor en lo que allí se dice, sino en lo que no se dice. Corto es el volumen en la teórica; pero ¿quán grande y pesado sería el de su práctica?

Si nos resistimos á las violencias de este invasor injusto, por no querer ser sus esclavos, nos llaman rebeldes; y si no resistimos, nos tratan como tales, nos desarmarían, nos amenazan, nos roban, ó cargan de contribuciones. El primer tiro que sale de un pueblo se expía con degüellos é incendios. Tamerlán no decretaba la muerte á los pueblos que sitiaba hasta el tercero día. En el primero enarbolaba bandera blanca, en el segundo encarnada, y en el tercero negra. A nadie engañaba: la intimación era tan clara como concisa.

Bonaparte hasta ahora no ha peleado sino con exércitos, y no con naciones: el respeto que éstas merecen quando pelean por su casa, y dentro de su casa, no entra en las máximas de la política particular que él se ha formado. ¿Quién le ha dicho que no goza de los derechos de la

guerra el que defiende su patria y sus hogares con sus puños, ó con sus armas? Para resistir á los que vienen á robarle sus bienes y su libertad todo paisano es soldado: la falta de uniforme no le quite esta calidad es soldado nato.

¿Si pensaria Napoleón, que penetrar por la España era atravesar la Suabia, la Saxonia, y Westfalia, cuyos paisanos se quedan dormidos andando! Aquellas buenas gentes, que no usan de las manos sino para dexarse esposar, estan acostumbradas á pasar en cada guerra del yugo de un Soberano á otro, sin poder guardar amor á ninguno. Y además de estas causas políticas, ya de desmembraciones, ya de incorporaciones, y trasiego de vasallages, sin poder llamar patria á la tierra que se perdía por una parte, ni á la que se ganaba ó permutaba por la otra; en qualquiera estado ó mudanza el pueblo era siervo de costumbre y nacimiento.

A los pueblos protestantes, además de todas las expresadas causas de su tranquilidad y su indefension, la irrupción de los exércitos franceses, y aún la conquista, les debia ser menos odiosa y temible. Allí no hay iglesias que robar, imágenes sagradas que destrozar, santuarios que profanar, esposas de Cristo que violar, &c. Todo es pobreza, y sencillez, sean luteranos, calvinistas, ó filiaciones estas sectas, donde viven como hermanos. Y como Napoleón no les habia de introducir el catolicismo, que les podría alármar, ni otro culto que les pudiese desunir; les era indiferente la invasion de un conquistador, que no profesa ninguna religion, y las tolera todas.

¿Pero pensaba el gran político y sagaz Napoleón conseguir el mismo recibimiento de los españoles, que hace dos mil años que mantienen este nombre; que componen una sola nacion independiente y libre, y que profesan la fé católica desde los tiempos apostólicos? A la voz de patria, de libertad, y de religion; cómo no se habian de inflamar los corazones, y de levantar las manos de doce